
CEFERINO ERDOZAIN

El Girasol

NOVELA

**Primer Premio de Novelas Cortas
de la Delegación Provincial de la
Vice-secretaría de Educación Popular**

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

Para los grandes artistas de la poesía y del canto, Don Saulo Torán y Doña Isabel Macario, con profundo afecto y admiración

Cesario Edoain

Las Palmas, 20-IV-1948

CEFERINO ERDOZAIN



EL GIRASOL

(NOVELA)

Sala PR



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
N.º Documento <u>300408</u>
N.º Copia <u>500259</u>

**1.º Premio de Novelas Cortas de la Delegación
Provincial de la Vicesecretaría de Educación Popular**

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

1948

Datos biográficos del autor

Ceferino Erdozain nació en San Sebastián de la Gomera (Tenerife) el día 15 de Mayo de 1923. Cursó los estudios del Bachillerato en Arrecife y en Las Palmas, y recientemente ha terminado la carrera de Aparejador en La Laguna. En Abril de 1941, en el certamen organizado por el Instituto de Segunda Enseñanza de Las Palmas, le fué premiado un trabajo sobre el tema «CERVANTES, VALOR UNIVERSAL DE ESPAÑA», y en el certamen organizado en Abril de 1943 por el S. E. U. de esta capital también obtuvo el primer premio su artículo sobre el tema «ESTUDIO COMPARATIVO DE DON QUIJOTE CON LOS GRANDES TIPOS DE LA LITERATURA UNIVERSAL». En el 1945 con motivo de la bajada de la Virgen de las Nieves, y en el certamen celebrado por el Excmo. Ayuntamiento de Sta. Cruz de La Palma, obtuvo accésit con Diploma de Honor su trabajo sobre el tema «ESPAÑA MISIONERA», y además han sido premiados otros trabajos suyos. Por último, en el certamen de novelas cortas convocado por la Delegación Provincial de Educación Popular de Las Palmas en Agosto pasado, obtuvo el primer premio su novela inédita «EL GIRASOL», que ahora

publicamos, y que constituye su primer ensayo en este género. Además Ceferino Erdozain es poeta, y ha sido colaborador de los semanarios «EL NOTICIERO DEL LUNES» y «PRONÓSTICOS», y del diario «FALANGE». También ha dado varias conferencias sobre temas musicales en la Emisora de Radio Las Palmas, habiendo también escrito sobre música en la prensa.



CEFERINO ERDOZAIN



**Primer Premio de Novelas Cortas de la Delegación
Provincial de Educación Popular 1947.**

Acababa yo de regresar de un largo viaje por Europa, y mi corazón estaba colmado de melancolía. Como un inquieto romero, había cruzado los más diversos caminos, los caminos del arte, de la belleza, de las emociones desconocidas; había clavado en mis ojos las sombras oscuras de las catedrales y las torres de libros de las bibliotecas; en mis oídos aún cosquilleaban las voces claras y solemnes de las campanas sonoras de todos los países; y en mi alma danzaban con suspiros de tarde estival las sonrisas vagas de las mujeres nórdicas. Todo lo había trenzado con amor en mi cerebro; el rechinar escalofriante de los trenes, las aguas tranquilas y lunadas del Océano, el palpitar luminoso de los bulevares, las miradas curiosas y provocativas de las viajeras... Y sin embargo, yo sentía la tristeza

íntima de que nada de aquello me pertenecía. Me encontraba ajeno a aquellas bellezas y alegrías que no eran para mí, que cruzaban veloces sin detenerse a mi lado. Todo había pasado junto a mí como impalpables fantasmas, incapaces de calmar uno solo de mis inquietos deseos. Por eso, al regresar de aquel viaje, con el corazón colmado de melancolía, mi país se abrió ante mis ojos como un abanico alegre entre cuyos pliegues de colores se veían pintados los tesoros profundos de la amistad verdadera y de las mujeres silenciosas, contemplativas, que por los senderos de la comprensión y del amor han sabido penetrar en nuestros más profundos pensamientos.

Mi primer cuidado fué buscar a mis antiguos amigos para reanudar nuestra pasada vida de alegre camaradería. Al fin logré reunirme con ellos en un viejo café, donde en tiempos ya lejanos tantas veces habíamos hablado de música, de poesía, y de otras muchas cosas, mientras cruzaban en cara-

vana nuestras gargantas las espumas alegres de la cerveza. Si. Eran los mismos amigos de siempre, aunque un poco variados por el tiempo, terrible maquillador de las fisonomías y de los sentimientos. Algunos se habían casado. Otros más juiciosos, seguían paseando solos en las noches lunares por las playas silenciosas, tranquilas, y perfumadas de estrellas. Pero todos se mantenían unidos por los lazos apretados de la amistad de siempre... ¿Todos?...

De pronto me dí cuenta de que en nuestra reunión faltaba uno de los viejos amigos de nuestras tertulias, y el instinto de la amistad me reconvino por no haber observado antes su ausencia.

—¿Y Ernesto?--pregunté con extrañeza--¿Dónde está nuestro poeta, nuestro amigo Ernesto? ¿Qué ha sido de su vida? ¿Por dónde anda?

El silencio rumiaba sus calladas palabras por el corro de mis amigos, cuyos labios permanecían inmóviles. Un poco inquieto, paseé la mirada por

sus rostros. En ellos se adivinaba una vaga tristeza. Un recuerdo penoso parpadeaba por las facciones de todos mis amigos. Indudablemente, con mis preguntas yo había agostado la naciente alegría que revoloteaba entre nosotros, después de tanto tiempo de separación. Pero, ¿que le había ocurrido a Ernesto, a nuestro amigo Ernesto, el melancólico poeta?. ¿Había muerto? ¿Había roto las relaciones fraternales con los viejos amigos?. Pregunté de nuevo por él con ansiedad incontenible. Entonces me explicaron... ¡Apenas podía creer lo que me decían del pobre Ernesto! Me explicaron que en su cerebro se había efectuado una extraña transformación que le hacía variar el sentido exacto de los objetos y de las ideas, un proceso patológico que le había convertido en un sér ajeno a las naturales manifestaciones de la vida. No; loco no estaba. Pero era indudable que todas las cosas las veía a través de un paño transparente y fantástico, que las deformaba de una manera lamentable, hasta bo-

rrar las diferencias entre lo real y lo quimérico. Sus ideas ya no eran claras, hablaba solo con frecuencia, y se mantenía tenazmente aislado de toda relación social. Esto era lo peor, pues la soledad le hundía cada vez más en las cisternas hondas de la melancolía, y el extraño lugar y el no menos fantástico edificio que había elegido para vivienda contribuían a que se clavaran aún más en su cerebro las extraordinarias ideas que desde hacia algún tiempo había modelado su imaginación exaltada. ¡Producía verdadera lástima oír narrar el estado de nuestro pobre amigo, su feroz aislamiento, su horror a la vida exterior y sus tremendas alucinaciones!. Y lo más raro de todo esto era que el origen de su actual estado mental y psíquico parecía encontrarse en unos lejanos amores, que envueltos en la capa gris del misterio habían dejado grabadas sus huellas en el cerebro y en el corazón de nuestro amigo, huellas incomprensibles en absoluto en el carácter del poeta. Porque, ¿co-

mo admitir que el amor se hubiera enroscado de tal forma en el corazón de un hombre que no creía en este sentimiento? ¿Cómo creer que el amor hubiera pulsado su arpa en la sangre de un hombre que solo tenía un gesto desdeñoso, un gesto de desprecio, para las más hermosas mujeres? ¡Cuántas veces le había yo oído burlarse de los enamorados, y asegurar que después de la mujer es la mujer el sér más inconstante de la Creación!. Y ahora... Pero, no. Era completamente absurdo, vulgar, que unos amôres, que una mirada voluptuosa de mujer, hubiese alterado, convirtiéndolo en suave terciopelo, el cerebro bien formado de nuestro amigo Ernesto. ¡No! No era esto admisible en un hombre como Ernesto, de ideas tan firmes y convicciones tan arraigadas en cuestiones de amor. Cuando él hablaba de la hipocresía y de la inconstancia de las mujeres sus buenas razones tenía; y no iba a negar sus propias ideas porque una joven-cita atolondrada dejara escapar de sus ojos pícaros

unas gotas transparentes de venenosa crema. ¡No! No podía ser esta la causa de su reblandecimiento cerebral. El conocía maravillosamente los sentimientos femeninos, y no ignoraba que es preciso sembrar de cuervos y llantos el corazón de la mujer, antes de que ella nos haya convertido en su miserable juguete deshilachado. ¿Como creer que se había dejado introducir el dardo del amor, el hombre que igual que Yokanaán había rechazado impasible los labios rojos y tibios de las Salomé sedientas de rojos y tibios besos? ¡No y no! Algo muy extraordinario le tenía que haber ocurrido. Algo que se escapara a la ley de los hechos corrientes, de los hechos considerados como naturales. Un mensaje de ultratumba, una aparición terrible y luminosa, cualquier cosa; pero unos amores, unos vulgares amores... ¡Ni pensarlo!

Sin embargo, mis amigos insistían en que la causa de la locura de Ernesto anidó como un dia-

blillo azul en los azules ojos de una muchacha soñadora y altiva, orgullosa hasta lo extrahumano, pero suave y bellísima, incomprensible mezcla de apasionamiento y frialdad, y que por cierto había muerto unos meses atrás. Todo había sido sorprendente en estos amores, porque ella no parecía haber correspondido a la pasión de Ernesto, y hasta expresó públicamente su antipatía por él; y sin embargo se encontró a la joven muerta en la casa de nuestro amigo, en su propia alcoba de ébano. Y lo más admirable era que él sonreía con misterio cuando le hablaban de la muerte de la joven, y afirmaba muy serio que era su esposa y que vivía con él en su vieja casona, junto al mar, en las solitarias playas de Mafar.

No pude contener un gesto de asombro cuando me dijeron que Ernesto vivía en las playas de Mafar. ¿Como se le había ocurrido aislarse en un lugar tan sombrío y silencioso, tan triste, de una tristeza infinita y lánguida, poblado de tenues sus-

piros que llegan de muy lejos y de rostros amarillos como largos cirios y transparentes como paños de seda?. Efectivamente, era preciso estar loco para ver cruzar las noches lívidas sobre aquellas rocas puntiagudas y elevadas como inmóviles fantasmas negros, para contemplar eternamente una luna triste y sepulcral que se tiñe de rojo sobre aquellos silenciosos lugares maldecidos por la leyenda, para oír con nervios serenos la lúgubre canción silbada entre dientes por el viento, aullador lobo nocturno. ¿Por qué había elegido aquel sitio, señalado desde siglos atrás como el punto de reunión de los vaporosos seres transparentes que perdieron sus formas terrenales? ¿Por qué, precisamente, aquellas playas, donde en los temblorosos é inciertos amaneceres se oye el latido sonoro y lejano de campanas que no existen, y donde las arenas oscuras parecen reflejar, como si fueran plata, la sonrisa irónica de las estrellas?. Nada tan fantástico, tan bellamente horrible, como el primer

suspiro de la noche sobre las negras siluetas de Mafar. Las aguas se tornaban más azules, como extrañas mujeres de carnes azules; las rocas de rodillas junto a la espuma, parecían ponerse de pié y elevar su figura y sus gritos hacia el Cielo. Suspiros y palabras entrecortadas parecían flotar por todas partes. Las arenas y el seno de las olas brillaban de cuando en cuando como pupilas ardientes. Y el firmamento, negro como un antifaz de terciopelo, dejaba escapar su inquieta luz de estrellas por los diminutos agujeros de su carcomida cortina de raso. Un paisaje bello; pero colmado de silencio, de perfume sepulcral, de tristeza y de horror. ¿Y en estas playas vivía nuestro amigo? ¿No podía haber comprado otra casa más agradable que el viejo castillo que desde hacía siglos dormía con sueño profundo entre las rocas de la playa?. ¿Por qué se había sepultado en aquel sitio?.

Pero mis amigos nada sabían. Ernesto se había mantenido en un feroz silencio después de la

muerte de su amada. Porque que ella había muerto era indudable. ¿Quién podía pensar siquiera que la rubia Ofelia no había donado para siempre su cuerpo al sepulcro? ¡Tan sólo una mente exaltada como la de nuestro amigo el poeta!. Todos la acompañaron hasta su última morada; todos menos él, que despidió con una sonrisa incomprensible al cadáver, al padre de la jóven, y a la fúnebre comitiva, en su casona de Mafar. Porque ella murió allí, junto a la playa misteriosa, besada por aquella luna triste, en la misma alcoba de Ernesto, en su brillante cama de ebano. ¿Por qué fué a morir en sus brazos la mujer que según parecía no le había amado, la mujer que había asegurado sentir por él un odio profundo?. He aquí un secreto que ya sólo lo poseía el pobre poeta, y éste había ocultado sus ideas y sensaciones en una profunda vida interior. En sus fantásticos delirios, él afirmaba que Ofelia vivía, que era su fiel esposa, y que le acompañaba, constante como Clicie, en su retiro

de Mafar. Pero varios amigos sabían que el único compañero en el cual parecía haber depositado su cariño era un espléndido girasol que crecía brillante entre las pálidas flores de su jardín.

He de confesar que una mezcla de curiosidad y compasión se había apoderado de mí. Ernesto había sido un amigo íntimo, entrañable; y yo estaba seguro de que sólo a mí confiaría, con todo su horror, la desnudez de sus heridas. Decidí, pues, ir a visitarle a su casa de Mafar, un arruinado castillo de los tiempos medioevales que había adquirido para convertirlo en lujosa y extravagante mansión de su no menos arruinado cerebro.

Al siguiente día, después de almorzar, encendí un cigarrillo y me dirigí hacia las famosas playas, donde según una antigua narración todas las noches las almas de los más grandes espadachines de la comarca se batían con las olas aceradas, de espumosos floretes ondulantes. Entre las rocas, semejantes a indolentes mujeres despeinadas que

contemplaran el mar, se levantaban los sillares ennegrecidos y desencajados de las torres milenarias, que más parecían palacio para cornejas y cuervos que habitación para un hombre que ha sabido bordar en sus ojos el auténtico significado de la vida.

En el portalón, donde una inmensa verja de hierro escupía al cielo las agudas puntas de sus lanzas, tiré varias veces de la cuerda de una campanilla que parecía ahorcada en lo alto de un gancho metálico. Su sonido vibrante y chillón quedó temblando unos instantes, como inmóvil, en el espacio. Por entre los hierros de la verja se veía un enorme patio, triste y húmedo, completamente desnudo, cuyo pavimento tan pronto era de grandes losas destrozadas como de tierra tan endurecida como las losas. De trecho en trecho brillaban con sus vivos pétalos amarillos y sus círculos rojos algunos girasoles, que entornando constantemente los ojos hacia el astro querido, daban la única

pincelada de movimiento en aquellos lugares donde todo parecía haberse parado para siempre.

Del fondo del patio surgió de pronto una sombra humana, una huella borrosa de lo que debió ser un auténtico mortal, leve como una columna de humo, transparente como un cuerpo que se convierte en espíritu, viejo hasta lo inverosímil, con un cabello nevado y larguísimo que le cubría por completo los ojos, tremendamente encorvado hacia las puntas de los zapatos como si llevara en sus espaldas la inmensa esfera de la Tierra, temblorosas las manos afiladas y ya de pergamino amarillo...

Arrastrando pesadamente los pies, cruzó jadeando el patio, con la cabeza abatida sobre el pecho; y con el mugriento sombrero apretado contra las sienes, se detuvo ante la verja. Con visible esfuerzo se enderezó como la serpiente que se pone en guardia, y me clavó la débil y cansada mirada de sus pupilas apagadas, después de echarse a un

lado la cortina espesa de sus blancos cabellos. Me preguntó con voz apenas perceptible qué deseaba. Y al responderle que yo era amigo íntimo de Ernesto se apresuró a descorrer el cerrojo de la verja. Sin alterar las comisuras de sus arrugados labios, me indicó que le siguiera. Así lo hice. Atravesamos el patio, el viejo delante con su cansado arrastrar de pies, y yo detrás observando la curiosa y derrotada figura de aquel hombre. De pronto, al pasar junto a los girasoles se volvió hacia mí con un rápido y brusco movimiento. Con un extraño brillo en los ojos, me gritó con una vocecilla chillona y nerviosa: ¡Cuidado! ¡Tenga usted cuidado con mis girasoles! ¡No vaya usted a pisar, a maltratar mis girasoles!

El viejo me miraba sobresaltado. En su rostro se adivinaba la ansiedad y la angustia, clavadas en sus pómulos como agujas al rojo. Se había inclinado sobre las flores, y pasaba una y otra vez la flaca y temblorosa mano por los pétalos de las redondas

corolas, acariciándolos con el cariño de un padre que contempla a su bebé entre las sedas de la cuna. No dejaba de ser interesante observar a aquel viejo emocionado ante unos girasoles, como el artista ante la obra que ha creado, como el avaro ante su riqueza toda. Sus ojos húmedos erraban inquietos, dotados de viva movilidad, de las flores a mí. Estaba como poseído de temor, y al mismo tiempo una llama pálida de amor parecía oscilar en lo más hondo de sus pupilas opacas. Me seguía mirando estúpidamente con sus ojos apagados, mientras pasaba la mano con igualdad rítmica inconsciente por los amarillos pétalos de sus girasoles. Al fin pareció darse cuenta de lo absurdo de su actitud, pues retrocediendo un paso se excusó con nerviosa precipitación, atropellando las palabras, con entonación vacilante, como si tuviera miedo de revelar algún extraño secreto: Perdón... Perdóneme, señor. Es que... Perdone usted mi exaltación... Mi atolondramiento... Realmente... Es

que cuando se han hundido en la tierra húmeda las semillas con nuestras propias manos... Cuando se ha cuidado el crecimiento, el desarrollo... Cuando se ha asistido al nacimiento, al primer brillo del color de los pequeños pétalos... Sí, se llega a querer a las flores, a estos, a estos girasoles, como a una... Sí; exactamente... Es esta la expresión, es esta... Como a una hija... Una hija pequeña y suave... Desnuda, vaga,.. No sé; tal vez impalpable, muy lejana... Como a una hija sin formas, irreal, y que sin embargo, sin embargo...

No podía continuar. Se ahogaba. Su estrecho y huesudo rostro se había cubierto de sudor. Y seguía retrocediendo, retrocediendo con lentitud, sin apartar de mí su mirada suplicante y un poco extraviada. ¿Quién podía ser aquel raro personaje? ¿Quién era, de donde había venido aquella sombra de sér humano, aquella fantasmagórica visión de vagas formas terrenales?. ¿Era algún extravagante amigo de Ernesto?. ¿O algún sirviente

heredado de su familia?. Como quiera que fuese, aquel hombre no parecía tener el juicio en regla. Y esto me preocupó un tanto. El nombre nada tranquilizador de Mafar y aquel negro y triste caserón que ya me estaba pareciendo un oscuro nido de cerebros rotos, me hicieron entrar en cuidado; y me prometí con toda formalidad abandonar el castillo, abandonar las silenciosas playas, antes de que la noche diera su primer aldabonazo sobre las oscuras rocas desnudas, como desnudas vírgenes negras, que circundaban las quietas aguas como un inmenso anillo de carbón.

El encorvado viejo, después de murmurar nuevas palabras de disculpa, me volvió la espalda y continuó atravesando el patio, con su pesado arrastrar de piés. Le seguí tan de cerca que podía oír las palabras que pronunciaba a media voz, palabras sueltas, sin hilación, dichas, o mejor, suspiradas, con emocionado tono, y que me convencieron de que aquel hombre sentía una ternura infinita

por los girasoles, un amor tan hondo que rayaba en lo paternal, un cariño desbordado como jamás pensé encontrarlo en el más florecido corazón de un amante jardinero.

Subimos por una vieja y gastada escalera de piedra, semejante a una podrida dentadura. En el último peldaño me detuve de pronto. Apoyado en un ventanal de la galería, de espaldas a la escalera y contemplando el mar, envuelto en un batín negro y en espirales ondulantes de humo, estaba un hombre entonando entre dientes una vieja canción. Lo conocí enseguida. Era Ernesto en una de sus posturas habituales, de soñador que ha sabido liberarse de su envoltura material y se ha lanzado, a través del espacio, a los infinitos dominios del éxtasis para fundirse en estrecho abrazo con la poesía inefable del aliento iluminado de los astros. Siempre se había entregado al placer de estas huídas terrenales. Con los ojos inmóviles, fijos en objetos invisibles, posados indolentemente en el

rante mucho tiempo y quiere darles de pronto libre curso, como el hombre que quiere librarse del horror de un eterno silencio y quiere expresar a otro sér vivo sus propios y secretos pensamientos.

¡Calla, hombre, calla!—me interrumpía apenas observaba un ligero movimiento en mis labios— ¡Si tengo que enseñarte toda mi casa, desde los sótanos hasta la terraza!. ¡Y las cosas que tengo que contarte!... Aunque no sé... Porque hay cosas que deben dejarse abandonadas para siempre entre las arenas del olvido... Cosas que parecen tan lejanas; flotando inciertas como incienso, como la sombra de las nubes; y que sin embargo a veces las siento como cuchillos agudos clavados a lo largo de mis nervios tensos. El amor es una bella cosa, pero sus huellas son demasiado profundas, demasiado hondas... Y los recuerdos viven, vienen a acompañarnos por las noches, vienen con sus grandes ojos encendidos a suspirar junto a nosotros, a atormentarnos, a coronar nuestras frentes de tristeza... Pero

la voluntad es la verdadera fuerza. No hay almenas de acero que se le puedan comparar. Y ella nos ayudará a soportarlo todo...

Ernesto me había cogido familiarmente del brazo y parecía querer conducirme hacia el fondo de la galería, cuando se fijó por vez primera en el anciano que me había llevado hasta él. El rostro de mi amigo sufrió una violenta transformación, como si hubiera tropezado con una serpiente a la que se desea aplastar la cabeza. Sus facciones adquirieron una dura expresión, y se tiñeron de un pálido tono violáceo. Sus labios se contrajeron nerviosamente, y mirándole con evidente desprecio le dijo con rudeza:

—¿Y usted que hace ahí inmóvil como un fantasma? ¿Qué espera usted ahí como una vieja estatua de bronce?. ¿Es que aún quiere espiar los latidos de mi corazón, el fluir de mis ideas? ¿Es que le parece poco tormento que le haya sufrido en vida, y aún quiere martirizarme con sus mezquinos

ojos de usurero, ahora... ahora que es usted como un esqueleto carcomido que se arrastra? ¿Es que me quiere usted robar el pedazo de alma que me queda aún pegado a los huesos, o es que quiere divertirse contemplando las culebras que se enroscan en mi sangre? ¡Váyase, váyase a cuidar sus girasoles!. ¡Sus girasoles, que tiemblan de horror cuando usted se les acerca, como tiembla el pastor de los Alpes cuando ruge sobre su cabeza el Jungfrau con sus fríos témpanos; sus girasoles, que le desprecian con sus rojos labios, y cuyas mejillas se han vuelto amarillas de vergüenza, la vergüenza de que sea usted el que roce con sus frías y calculadoras manos sus rostros purísimos de vírgenes amantes!. ¡Vaya, vaya a arrastrarse por la arena y por las rocas, a ver si encuentra un sér. más compasivo, o menos herido que yo, que le perdone la ceguera de sus sentimientos o la mezquina impiedad de su espíritu!

El viejo temblaba como un pino abanicado

por el viento. Los ojos apenas tenían expresión humana escondidos detrás de los pelos revueltos echados hacia delante... Estaba vencido, con la cabeza incrustada en el pecho palpitante, los labios secos y apretados, incapaz de moverse ni de hablar. Una losa de mármol parecía descansar sobre todo su cuerpo. Las piernas apenas podían sostenerle. Estaba completamente derrotado.

Entonces me di cuenta de que aquel hombre no debía ser muy viejo. Tan sólo lo descuidado de su persona y vestidos, y un sufrimiento tremendo clavado en el rostro, daban la impresión de ser la suya una vejez extrahumana, infinita e inefable, como la vejez de los grandes sepulcros faraónicos, enormes, huecos y fríos. Una vejez desolada y aplastada como un campo sembrado de ruinas de una antigua ciudad, las ruinas pintadas de negro de un pueblo en el que jamás danzó la alegría ni regaló su vaporosa luz una sola luna de felicidad. Un verdadero montón de ruinas bordadas de la-

gartos, entre las que brillara la única sonrisa, burlesca y amarilla, de unos esbeltos girasoles.

Sentí compasión por el viejo. Pero mi amigo Ernesto continuaba gritándole, cada vez más excitado, cada vez con más violencia:

—¿Pero es que está usted sordo, o aun no se ha secado el manantial emponzoñado de su corazón? ¿Es que quiere usted todavía hundir sus negras uñas en mis sentimientos, mis sentimientos ya casi podridos? ¿O prefiere que le escupa las manos, las manos que siempre se desnudaron impuras para entregarse al dinero, sus manos sucias de oro y lágrimas, las lágrimas que debieron haberle sido tan queridas? ¿Es que realmente quiere que le escupa el corazón, nido negro de fantasmas con sangre de hielo y con ojos indiferentes al dolor humano, tan sólo abierto para el propio bienestar, para los más egoístas sentimientos?. ¿Es eso lo que usted quiere?. ¡Ya sé que no sufrirá lo más mínimo aunque le arranque poco a poco con las uñas los

telares rojos de las venas! ¡Su insensibilidad, tal como sólo se encuentra en las piedras más antiguas y en los cristales más duros, será para usted un escudo de diamante que le defenderá del puño de hierro del dolor!. ¡Le conozco; le conozco, y sé que carece usted de lágrimas y de emociones!. ¡Márchese de aquí! ¡Oculteme sus ojos! ¡Me es odiosa, absolutamente odiosa, su presencia! ¡No la puedo soportar! ¡Márchese!

El viejo, sin embargo, continuaba inmóvil. Se diría que lo habían clavado en las losas del pavimento con tremendos golpes de martillo. Estaba aún más encorvado que al principio, y su frente regada de sudor casi besaba las puntas abiertas de sus zapatos salpicados de barro. Sus ojos, aunque no se podían ver bien a través del matorral espeso de su cabello, se adivinaban cerrados y húmedos, guardando en lo más profundo de sus globos imágenes lejanas y terribles, salpicadas de horror y de muerte, con un fuerte olor a cirios apagados

y a flores en descomposición. Se había llevado las manos pálidas, sin vestigios de circulación sanguínea, al pecho húndido y estrecho, como si quisiera contener algo alado que intentara escapársele del cuerpo. Era impresionante la figura de aquel hombre. Como una encina tronchada por el rayo, como un navío que se hunde veloz entre los labios del mar, como un pueblo que desaparece bajo la crecida imponente del río; así el viejo parecía ir perdiendo toda forma palpable, para confundirse con el aire, con las sombras, con el vacío, o con algo más misterioso aún.

La excitación violenta de mi amigo Ernesto le hacía ser injusto con aquel hombre. ¿Como admitir la insensibilidad, la frialdad del corazón, en un viejo que parecía ser el símbolo humano de todos los sufrimientos?. O tal vez un dolor hondísimo había dormido el espíritu de mi amigo; pues el hombre cree siempre que sus penas son superiores a las de los demás, que se tornan invisibles para el

e indignas de su compasión. El que sufre se encierra ferozmente con su dolor, y se vuelve miope de espíritu, olvida que existe una humanidad entera también atormentada, se torna egoísta y malvado, quiere vengarse de la vida en los demás seres más débiles, y acaba rindiendo culto a la ironía y al sarcasmo. ¿Era éste el caso de Ernesto, el suave y delicado poeta que yo había conocido en otro tiempo?

Dirigí la vista hacia él, y lo encontré transfigurado, con los puños apretados, y asesinando con los ojos encendidos al miserable viejo, que parecía allí plantado por una mano robusta para toda una eternidad. La cólera, una cólera desencajada y lívida, le hacía su presa, y ya le bullía por todas sus facciones. Con agudo chocar de dientes, moviendo apenas los labios, le gritó de nuevo al anciano:

—¡Alacrán de baba negra! ¿Es que cree usted que se puede soportar su presencia tan bien como la de un espíritu infernal que se aparece en plena

noche?. ¡Le digo por última vez que se largue de aquí! ¡Márchese, o voy ahora mismo a pisotear todos sus girasoles, a aplastarlos como si fueran cucarachas, hasta no dejar un solo tallo ni un pétalo amarillo en su jardín de hielo!

Y como al decir esto, Ernesto se había dirigido al primer peldaño de la escalera, el anciano que rompiendo el arco de su cuerpo se había enderezado como una flecha, cayó de pronto de rodillas y se abrazó como una culebra temblorosa a las piernas de mi amigo, mientras le suplicaba con voz entrecortada:

—¡No, señor, no lo hará usted, no lo hará!

¡No tocará usted mis girasoles, no los tocará!... ¿Verdad? ¿Verdad que no los tocará?... Yo me marcharé, me iré... Haré lo que usted quiera... Lo que usted ordene... Besaré la arena, la luna... Me arrojaré al mar... lo que usted quiera... ¡Pero no tocará usted mis girasoles, no lo hará!

Y levantándose con una agilidad inaudita ba-

jó las escaleras como una pesada babosa que se arrastra, mirando hacia atrás con desconfianza, sintiendo en su rostro los latigazos profundos de la angustia, llevando en todo su sér clavada la lanza de la última amenaza de Ernesto, aterrado de que pudieran profanar sus queridos girasoles.

Ernesto había quedado inmóvil en la meseta de la escalera. Solemne, como un antiguo sacerdote egipcio, miraba con ojos colmados de odio al anciano que ya jadeaba por los últimos peldaños. Parecía una de esas oxidadas armaduras que adornan pesadamente los vestíbulos señoriales. Luego se volvió hacia mí con lentitud. Estaba visiblemente agotado después de la violenta excitación provocada por el viejo. Los ojos se habían apagado de nuevo; los párpados se tornaban flácidos. Una nube pálida parecía cruzar por su frente abatida; sus labios habían perdido toda rigidez. Me cogió nuevamente del brazo, y me condujo, en silencio, a su gabinete. Realmente se apoyaba en mí como en

un báculo, pues su cuerpo parecía hallarse en aquel momento tan derrotado como el del anciano.

Su gabinete era un extraño recinto, donde los más diversos y extravagantes objetos se acumulaban sin orden ni estética, y sin embargo producía una honda impresión en los ojos acostumbrados a contemplar vulgares saloncitos. Dos enormes tapices persas y unas pesadas cortinas negras hacían invisibles las altas paredes del salón. Una mesa de ébano, sostenida por cuatro dragones dorados, ocupaba el centro de la estancia, abarrotada de papeles en desorden y librotos con cubiertas de pergamino, entre los cuales brindaba su sonrisa de marfil un cráneo pequeño y brillante, del que apenas podría decirse si era de hueso auténtico o de nácar suavísimo. Entre las ánforas griegas, los redondos espejos chinos, las esculturas indias, y las inscripciones jeroglíficas de las tumbas egipcias, se destacaban dos objetos que parecían ocupar lugares preferentes. Uno era una pequeña

escultura que descansaba sobre un trípode de hierro. Un Buda negro, sentado con las piernas entrelazadas; un Buda inexpresivo, con unos ojos enormes y brillantes, con ese brillo rojo ligeramente violado de los zafiros orientales. Un Buda frío, hierático, que parecía presidir el ambiente impalpable, sin vida y como dormido, de aquella habitación, que más bien parecía una gran tumba abandonada donde reinara el silencio desde muchos siglos atrás. El otro objeto era un sarcófago de amatista y alabastro transparente, cofre mortuario de las cenizas humanas, tumba ambulante, viajera, y sin raíces. Un sarcófago de triste y fúnebre expresión, que sólo podía haber sido arrebatado a algún lejano sepulcro de Oriente por el capricho inconsciente de un loco. Un sarcófago azulado y silencioso, del cual apenas podría decirse si había sido adornado de fantásticos dibujos para guardar fragmentos oscuros de huesos humanos, o para sepultar entre sus dientes cristalinos los leves re-

cuerdos de un alma carcomida por la desesperación.

Entre tanto, Ernesto había tomado de un armario de cedro una botella de whisky y dos vasos estrechos y altos. Lo había puesto todo sobre la mesa de ébano; y él, sentado en una de los grandes sillones tapizados de rojo, se ocupaba ahora en llenar su pipa. Encendió una cerilla y me invitó a sentarme en otro sillón próximo al suyo.

—Indudablemente— empezó a hablar sin levantar los ojos, mientras daba fuego a su pipa— estarás sorprendido de encontrarme en éstas playas, en éste viejo castillo, y sobre todo de la violenta escena con que te he recibido. Pero es que no puedo soportar la vista de ese hombre, no puedo resistir su presencia... Me ha clavado demasiado profundo sus dientes asquerosos... Me ha herido demasiado...

Mi amigo apenas podía hablar. Se fatigaba. Debí comprenderlo así, pues sirvió whisky en los

vasos, al tiempo que decía: Bebamos. Esto nos reanimará.

Y debía estar acostumbrado a aquella bebida, pues casi de una vez apuró el contenido del vaso. En seguida pareció adquirir vida todo su cuerpo. Sus ojos brillaron como relámpagos, y su piel tornó a ser la piel de un hombre por el que la sangre discurre con regularidad. Se levantó del sillón y se me acercó con cierto misterio. Un olor extraño, un olor profundo y embriagador, me llegó desde el fondo de su pipa encendida. Sentí un ligero escalofrío por mi cuerpo, y comprendí con rapidez. Mi amigo Ernesto estaba fumando opio.

—Mi querido amigo— me dijo pausadamente—; lo que soy ahora, sea ello lo que fuere, bueno o malo, se lo debo... si, se lo debo a la sociedad, a su estúpida manera de interpretar los deberes humanos, a la tiranía familiar, y a la hipocresía increíble de que han revestido a la mujer desde la infancia como si fuera una máscara

de yeso que ocultara sus verdaderos, sus puros sentimientos. Han destrozado mi vida... La han arrojado a las arenas de un circo hirviente de leones, de leones hambrientos y sanguinarios, que han clavado feroces... feroces... sus dientes agudos en mi carne abierta. ¡Pero me he vengado! ... ¡Me he vengado en lo posible!.,. El antiguo Ernesto, el que sentía piedad de las miserias humanas, de los ajenos dolores, ese ha muerto, ese ha muerto para siempre. He arrojado su pobre corazón al fondo de ese sarcófago de amatista, y he dejado que la sangre corra por las venas, libre como un río, sin la rítmica tiranía de sus golpes acompasados... ¡Me he vengado!... Ese viejo ha conocido lo que es el dolor, y ella... ¡Ah, como tiemblo al nombrarla!... Ella al fin ha sido mía, mía... nadie podrá ya arrebatármela... es mi esposa... mi rubia esposa... Todas las noches viene a brindarme su copa dorada, la copa que había sido hecha para mí, ¿lo oyes?, sólo para mí, desde el principio de su vida; viene a

ofrecerme sus ojos, cristales azules que habían sido redondeados para mis besos ardientes; viene a mostrarme sus labios escarlata, rojos y desnudos rosales que tan sólo debían florecer para mí. Sí... Todas las noches se enciende entre mis brazos como una lámpara azul, como una hermosa lámpara azul que descendiera de la bóveda infinita para iluminar los tristes restos de mi vida.

Ernesto llenó nuevamente su vaso, y bebió la mitad de su contenido. Echó al aire una espesa bocanada de humo y dijo:

—No te extrañes amigo mío. Me enamoraré... Sí; es increíble, pero no menos cierto... Me enamoraré. Ella era una mujer bellísima según creo, una mujer singular y de ideas altas como estrellas; en su corazón fulguraban llamas gigantescas de pasión, pero le habían puesto hielo en los ojos, en los labios... Creo que era una verdadera mujer, profunda, hecha para el amor... Me enamoraré... Y ahora, ahora es mía. ¡Jamás podrás encontrar fra-

gancia como la suya!. Vén... Te la enseñaré desde los cristales.

Me pareció que las ideas de mi amigo se extraviaban un poco. Bien fuera por los efectos ensoñadores del opio, por el whisky que había ingerido, o por la excitación nerviosa que momentos antes le había dominado, sus movimientos y la fijeza de sus ojos clavados en el vacío, recordaban a un sonámbulo que se paseara solemne como una sombra nocturna. Se dirigió a la única ventana del salón, y abrió de par en par sus altos cristales. Un mechón amarillo de sol penetró en la estancia, que pareció rejuvenecerse como si hubiera penetrado en ella una alegre trenza de pájaros de colores. Ernesto me llamó a su lado, y rodeando mis hombros con su brazo izquierdo, extendió el derecho hacia afuera.

—¡He aquí mi amada constante!—dijo con solemnidad— ¡Mi amada fiel y única! ¡La que no me abandonará jamás, aunque se rompa la flor en-

cendida de la Luna!. ¡Mi casta Ofelia, la que fué más pura e incommovible que Clicie, la eterna amante del luminoso Apolo!. ¡La mujer que supo plantar en su dulce corazón la voluntad tremenda y acerada, la voluntad triunfadora!...

¿A quién se refería mi amigo?. La ventana colgaba sobre un jardín pequeño y tapizado con una alfombra alegre de flores, que reían con el Iris encendido de todos sus colores. En el centro exacto del jardín, se elevaba hasta adquirir la estatura humana un esbeltísimo girasol; un girasol de tallo delgado y flexible como la cintura de una mujer, de corazón redondo y brillantemente rojo, y de pétalos amarillos y largos como el cabello dorado del sol; un girasol como jamás lo había visto, elegante y suave, delicadamente hermoso, con un ruboroso matiz en su corola que le daba un aspecto misterioso, que le añadía formas tan pálidas y vagamente humanas, que yo apenas me atrevía a pensar en ellas. Pero en seguida aparté de mí estas

estúpidas ideas. Me dí cuenta de que estaba divagando como en un sueño, quizás atontado por el humo del opio o contagiado de la fantasía exaltada de mi amigo el poeta. El girasol era eso, un girasol. Muy hermoso, de muy bello colorido; pero un girasol al fin. ¿A quién se refería mi amigo? ¿Dónde estaba aquella mujer, de la cual hablaba con tanta vehemencia? ¿Quién era su rubia y constante esposa? Paseé bien la mirada por todos los rincones. El jardín estaba solitario. Tan sólo pasaba jugando sobre las flores un alado viento susurrante, sobre el que parecían cabalgar, finísimos y tibios, los brillantes hilos del sol. El jardín estaba silencioso. Sus únicos pobladores eran un sin fin de fragantes rosas, jazmines y lirios; algún pájaro que detenía un momento su vuelo para lanzarse en seguida hacia los horizontes, y ¡ah! el girasol, el girasol clavado en el centro mismo del gran cuadro de tierra. Sí. El jardín estaba solitario.

Ernesto, sin embargo, continuaba con el brazo

extendido hacia afuera. Seguí con la mirada la dirección justa que parecía indicar y... Quedé estupefacto; porque, sin duda alguna, mi amigo señalaba el girasol.

Me sentí un poco intranquilo. Era evidente el disparate. Y clarísimo que el cerebro de mi amigo se hallaba envuelto en nieblas vaporosas. Pero había algo muy profundo dentro de mí que me decía, que me decía que aquel girasol no era simplemente una vulgar flor, que me aseguraba que en aquel círculo rojo se escondía un secreto hondo y terrible. Se entabló una lucha tremenda en mi cerebro, entre mi razón que sólo podía admitir lo que la realidad parecía mostrarle y una voz misteriosa y leve que me hablaba lejana, muy lejana, con un cierto temblor de ultratumba. Me sentí cada vez más intranquilo, más nervioso, y con un movimiento brusco me aparté de la ventana.

Ernesto pareció darse cuenta de mi turbación. Abandonó también la ventana, se bebió lo que aún

quedaba de whisky en su vaso, y buscó una posición cómoda en la butaca. Dió una fuerte chupada a su pipa, y me dijo mirándome fijamente:

—Es natural que no comprendas... Tendré que contártelo todo, desde el principio, desde el momento en que el corazón me latió con más violencia que de ordinario, para que no me tomes por un loco o por un imbécil. Tal vez en otra época hubiera sido para mí demasiado cruel recordar estas cosas; pero ahora... Ya te he dicho que he arrojado mi corazón al fondo silencioso de ese sarcófago de olvido... Y además... Todas las noches, cuando la Luna se muestra desnuda y más brillante, ese girasol... Pero, no. Será mejor que te lo cuente con orden, desde el principio.

Ernesto cerró los ojos. Pareció reconcentrarse durante unos segundos, y empezó pausadamente, acentuando bién las palabras, como si quisiera recordar con claridad ideas ya lejanas.

* * *

—«Ha transcurrido un año exactamente. Un año denso y apretado, que guarda en silencio las impresiones más grandes de mi vida. Fué una mañana muy alegre de Sol y de trinos de pájaros cuando recibí una tarjeta de los señores Rexols invitándome a una reunión que celebraban en sus salones aquella tarde. Eran frecuentes estas reuniones, y muy agradables por cierto. Así es que me prometí pasar una tarde magnífica. Para mí, pasar una tarde magnífica consistía en emborrachar mis ojos de movimiento y de color, de los giros arrebatadores de la danza, y del murmullo lejano de las conversaciones; porque de las jóvenes que allí se reunían, insulsas y de risa estúpida, yo no podía esperar ninguna sensación agradable.

Cuando entré en el salón, el monumental reloj de pared, que parecía presidirlo con su monótona rítmica de director de orquesta, daba sonoramente una campanada. Eran las siete y media. Creo que yo fuí el último en llegar, pues por todas partes se agrupaban caras conocidas y sonrientes, alegremente coloreadas por las primeras copas de vino dulce.

Saludé a Don Enrique Rexols y a varios amigos más. Después me incliné con galantería ante la rosaleda femenina. Las jóvenes contestaron con un rápido movimiento de sus abanicos cerrados. Había aquella tarde una estupenda, una magnífica fragancia de muchachas... De pronto me di cuenta de que entre la general agitación de ellas, entre el brillo de sus sonrisas amplias y el resplandor deslumbrante de sus trajes de colores, estaba...

¡Como tiembla mi corazón al recordar la primera vez que contemplé aquella mirada inmóvil, serena y clara, inexpresiva pero bellísima, clavada

en el vacío, fría y sin brillo, como la fría mirada de ese Buda negro!

Su espléndida belleza le daba cierto sello de distinción entre las demás jóvenes, y he de reconocer que algunas eran muy hermosas. Su cabello parecía un Sol deshilachado. Dorado, brillante, como largas gavillas de trigo, besaban con voluptuosidad sus hombros desnudos y nacarados. Su rostro era perfecto; pero muy pálido y acusando frialdad de sentimientos, dureza inflexible en sus ideas, y hasta... ¡No me atrevía a pensarlo!... Hasta cierta crueldad, que se veía acentuada por la inmovilidad de sus ojos y por la contracción de sus labios apretados, en los que, a pesar de todo, bailaba la sensualidad.

Me sentí atraído por aquella muchacha rubia, por su menuda boca roja, y por sus inefables ojos azules. Su palidez la hacía interesante, destacándola aún más sobre su traje negro de terciopelo; y su mano larga y estrecha adquiría un lívido matiz

cadavérico cuando empuñaba el inmenso abanico de plumas rojas, con el que ocultaba la mitad de su rostro como una Luna ruborizada que escondiera su cara encendida en el dorso de un abanico de nubes transparentes. Todas las jóvenes reían en aquel momento, plenas, al parecer, de felicidad y alegría. Pero ella permanecía silenciosa y solemne. Ni triste ni alegre; tal vez pensativa. Se me ocurrió una idea estúpida. ¿Se habría fijado en mí?. La rechacé en seguida, y me llamé idiota. Pero de nuevo la acepté como posible. ¿Por qué no se podía haber fijado en mí? ¿Por qué no podía estar pensando en mí?. Yo me sentía atraído, fatalmente atraído, por aquella muchacha que parecía un jardín poblado de tristeza, voluptuosidad y misterio. ¿Quién era ella? ¿A que familia pertenecía? No recordaba haberla visto en ningún sitio, en ninguna reunión, ni en la calle, ni en los parques. Era indudable que vivía en la ciudad desde hacía muy poco tiempo.

En aquel momento cantaron en el piano las primeras notas de un vals. Con decisión me dirigí a ella, y a cuatro pasos de su cuerpo fragante incliné ceremonioso la cabeza.

A continuación me sucedió algo inexplicable. Se apagaron mis ojos y se hizo el vacío en mi cerebro, hasta el punto de perder la noción de mis actos y del lugar en que estaba. Como en un sueño lejano y brumoso, yo me daba cuenta de que hacía algo, ¿pero qué? ¿que era lo que yo hacía?; que pronunciaba algunas palabras, huecas, casi inaudibles, ¿pero qué decía? ¿Con quien hablaba?. Cuando sentí de nuevo la claridad en mí, como si hubiesen raspado un fósforo dentro de mi cabeza, observé que tenía una mujer entre mis brazos. Me alarmé un poco; pero comprendí con rapidez que estábamos bailando. Procuré recobrar todo mi aplomo. ¿Que había ocurrido? Yo había invitado a aquella joven desconocida. Ahora estábamos bailando. Bien; esto era evidente. ¿Pero qué le había

preguntado yo?... Porque ella me estaba hablando, con una voz suave pero firme y sin inflexiones, con una voz tremendamente segura que me hizo estremecer, porque me reveló... me reveló que aquella mujer había domado su corazón, ese potro salvaje que es el corazón, que la juventud prefiere dejar correr libre como los vientos a través de la llanura. ¿Pero qué me decía?... Sí, eso es. ¿Qué me estaba diciendo aquella joven?... Reconcentré la atención en ella.

—¿Como ha adivinado usted—parecían decir más sus ojos que sus labios, que apenas se movían—que he plantado, igual que un roble, la voluntad en el centro mismo de mi vida?. Porque es así. Sí; lo ha adivinado usted. Cuando se sufre desde muy pequeña y la tristeza nos hace reflexionar sobre las cosas del mundo y las que flotan más allá del mundo, una idea se clava en nosotros llena de luz resplandeciente. Una luz inflamada, como una llama gigantesca, que nos dice que la desgracia, la

desesperación y la muerte, triunfan sobre nosotros tan sólo... tan sólo porque tenemos una voluntad demasiado débil, una voluntad demasiado mezquina.

—¿Pero es posible?—no pude menos de decirle al contemplar su cabeza nimbada de juventud casi infantil—¿Ha sentido usted ya el dolor tan de cerca? ¿Pero se ha atrevido ese negro fantasma a acercar sus lívidos labios a una urna tan pequeña, tan delicada?

—*El dolor no respeta nada, como la muerte tampoco. Son compañeros de alma indiferente, cuyos pasos sonoros se oyen por todas partes. ¿Pero es que cree usted que sin mi tristeza yo hubiera venido a esta reunión?. Precisamente, aquí estoy con mi voluntad para ahogar todos mis pensamientos, con la ciega furia de un Otelo, en el lecho profundo del olvido.*

De pronto dejó de hablar. Me echó una rápida mirada, y me dijo: Perdone esta expansión...

Usted dirá: ¿Y a mí que me interesa todo ésto?. Y es verdad... Pero si he hablado de esta forma es porque usted me ha preguntado, porque usted me ha inspirado confianza con su sonrisa benévola, y además porque ha creído hallar en usted un hombre acostumbrado a pensar y a gastar pocas palabras.

Le apreté con suavidad la mano, y al tiempo que dábamos una vuelta rápida, le dije con precipitación: ¡Pero si estaba encantado escuchádoles! Créame usted. Con las chicas que frecuentan estas reuniones es imposible hablar de algo interesante. No me querrá usted quitar la oportunidad de pasar un rato agradable. Sígame usted hablando. Me gusta el timbre de su voz, me gustan sus ideas. Siga, siga usted.

Ella sonrió complacida en el mismo momento en que el piano pronunciaba el último acorde del vals. Las parejas se dispersaron por el salón, que se llenó de risas y de murmullos. De nuevo los

abanicos empezaron a guiñar los ojos desde todos los rincones. Y yo... ¡No sé como llegó con tal furia aquella idea a mi pensamiento!... Yo sentí de pronto la necesidad imperiosa de estar solo con aquella mujer, de escarbar en su alma, de abrazar la torre marfileña de su cuerpo, de poseer sus ojos hermosos y fríos... Le hablé al oído, con misterio, como el ladrón que quiere alejar a su víctima de la luz para robarle mejor, para engañarle más fácilmente... Le propuse dar una vuelta por el jardín, donde ya paseaban algunas parejas. Le propuse, con incontenible ansiedad, pasear por las rosaledas solitarias, por las discretas rosaledas. Y aceptó. Con su abanico abierto, como la cola de un pavo real, sobre el pecho invadido de ritmo, se dirigió con el pausado y elegante caminar de una princesa a la puerta de cristales del jardín. Yo la seguí como fascinado, como un perrillo que sigue hipnóticamente a su dueño... Yo no tenía pensamientos sino para ella... Yo no veía cosa alguna que no estuvie-

ra con ella relacionada... Todo lo suyo se había trezado en mis ojos, el terciopelo de su traje negro y el terciopelo de sus ojos azules; las purpúreas plumas de su rojo abanico y la ventana escarlata de sus labios rojos; su voz, la antorcha luminosa de su pelo... El día se había desvanecido para mí; las risas se tornaban silenciosas como si les hubiesen puesto la sordina. Todo a mi alrededor se volvía rígido, perdía la facultad del movimiento... Sólo impresionaban mis sentidos los objetos que estaban en contacto con ella, con su carne, con su espíritu, su collar, sus pulseras, su abanico; y sólo hallaban un eco en mí, las manifestaciones que emanaban de ella, su mirada, sus suspiros, sus movimientos ondulantes, su respiración... ¿Qué me ocurría? ¿Por qué me hacían cosquillas las puntas de mis nervios? ¿Por qué la sangre me gritaba de aquella manera?... Y yo, el hombre que siempre había hablado con desprecio del amor, no me atrevía a confesarme, ni en voz ba-

ja, mis propios sentimientos.

Paseamos por el jardín, entre rosas nevadas y azucenas rosadas, entre lirios desnudos y margaritas ruborosas. Hablamos de todas las formas posibles, con los labios, con los ojos, con el pensamiento... ¿De qué hablábamos? Al principio no me daba cuenta de nada. Yo estaba adormecido como un bebé en su cuna, estaba borracho del perfume de las flores y de las mujeres, y sentía un flúir tibio y continuo en mis sienes. La joven paseaba junto a mí, casi apoyada en mi brazo. Cuando hablaba, su aliento cálido se condensaba en mi piel cómo gotas de rocío. Habíamos entrado, no sé como, en una conversación peligrosa. Hablábamos de amor. Ella decía con una sonrisa entre irónica y triste:

—El amor existe. Si; esto es evidente. Lo que pasa es que no siempre nos es dado llegar hasta él. O se encuentra muy alto o muy profundo. Y

nosotros, demasiado miserables para subir y demasiado orgullosos para descender, somos el juguete de la sociedad y de nuestras pasiones, que nos llevan de acá para allá como las olas de la galerna al navío que en la borrasca ha perdido su timón. Es éste el secreto... Este es el origen del mal... ¡El timón, el timón!. ¿Qué puede esperarse de un buque sin timón, sin voluntad?... Realmente no somos el juguete de la sociedad ni de las pasiones. Somos nuestro propio juguete. Somos el triste muñeco de nuestra carencia de voluntad. ¿No crée usted que podríamos superar todas las fuerzas exteriores si «quisiéramos»? ¿No crée usted que podríamos dominar el amor, en todos sentidos? ¡Si; lo podríamos hacer si tuviéramos suficiente corazón para intentarlo!.

Yo estaba sorprendido de oírla hablar con tanta seguridad, con tanto aplomo y vehemencia. Me daba cuenta de que era una mujer que había leído mucho, que pensaba; una mujer muy supe-

rior a todas las que yo había conocido hasta entonces; tal vez una de las pocas mujeres que han nacido conforme a las exigencias de la naturaleza femenina; una verdadera mujer, que sabía algo más que abrir con rápida coquetería el varillaje sonoro de un abanico. Apreté un poco mis ideas, y me apresuré a contestar sus preguntas.

—¿Dice usted que dominaríamos el amor si tuviéramos suficiente corazón? ¿Ha dicho usted suficiente? ¿Lo ha dicho?... Permítame que le diga que en un sentido, dominar el amor, hacernos superiores a él, impedir que nos convirtamos en su muñeco y que se burle de nosotros, exige más carcer de corazón que tenerlo en suficiente grado.

—¿Pero que concepto tiene usted del corazón?—me preguntó con una sonrisa que cada vez se me antojaba más irónica—¿Es que cree usted que el corazón es simplemente la roja guarida del amor? No, no lo crea usted... El amor existe, pero

no en nosotros. Está lejos, muy lejos, en los horizontes azules, ¡no sé dondel; pero está muy lejos de nuestro corazón, que al fin sólo es su pobre juguete.

—¿Entonces usted créa que podemos oponer todos los cerrojos de nuestro cuerpo a ese intruso bárbaro que todo lo arrasa, que pone vendas en las pupilas de los sentimientos que no són el suyo, y que se enseñorea del cuerpo y del alma como un negro jinete que cabalga en la sangre?. ¿Es eso lo que me quiere decir?... Pues escúcheme ahora... Siempre habrá un cerrojo... Si, tal vez un solo cerrojo, que se resista con agudos chillidos. Siempre habrá una ventanita abierta, que se haya quedado olvidada en las altas buhardillas del alma, por donde penetrará un cálido suspiro bordado de trinos de ruiseñores, un suspiro tibio que se enroscará como una culebra de oro en las torres de la sangre cantarina, de la sangre inquieta que salta en cascadas hirvientes, gritando, implo-

rando besos sonoros... Y usted no lo podrá impedir... Porque no posee... la llave... la llave de esa ventanita... Tendrá que abandonarse... vencida... en los brazos poderosos de ese bárbaro negro de sonrisa perfumada...

Yo estaba excitadísimo. No hacía más que repetir las palabras que saltaban en mi corazón, que latía furioso, que quería escaparse de un brinco de mi pecho. Mis dedos temblaban, y me había acercado tanto a la joven que sentía el discurrir de la sangre por sus venas sobre mi epidermis. Ella había enmudecido, y me miraba... me miraba, con los ojos empañados y brillantes. Respiraba con irregularidad, haciendo mucho ruido... Con los pechos erguidos, puesta en guardia como ante un peligro próximo, con las aletas de la nariz dilatadas y el cabello jugando con su cuello, la mujer se había transformado. Parecía una diosa, serena y ardiente, una diosa que sin embargo podía alcanzarse con sólo alargar los brazos, con extenderlos

un poco... Una idea tremenda se apoderó de mí... El jardín giraba suavemente junto a nosotros... Trinaban los pájaros... Y estábamos solos.

Me acerqué a ella más y más... Veía ya sus labios tan próximos que parecían una gran rosa abierta... Y luego... Luego quedé estupefacto ante su decisión; me di cuenta de que se había separado de mí con un rápido movimiento. Se había burlado... Se había reído de mi apasionamiento, de mi vehemencia, de mi falta de dominio, de mi carencia de voluntad... Había huído de mí como de un miserable, como de un leproso que pudiera contagiarla... Me miraba compasiva, con su sonrisa burlona, como se mira a un hombre que no tiene suficiente corazón para contener sus pasiones, para dominar sus locos impulsos... Estaba inmóvil, magnífica, junto a la fragante rosaeda. Su mirada era fría, sin expresión, como la de un sér sin envoltura terrenal... Y a pesar de todo, yo había visto brillar, con pasión, aquellos ojos. Por ellos

habían cruzado unos relámpagos luminosos que la habían encendido momentáneamente como a un cirio dorado. Yo había visto temblar sus labios... Su cuerpo se había perfumado tibiamente como un rosal... Y ahora, ahora estaba fría como un gran bloque de mármol. Sin vitalidad, sin sangre, y florecida de indiferencia, de burla y de desprecio.

Yo me daba cuenta de mi situación ridícula; pero no me atrevía a hacer nada para salir de ella. Me sentía dominado por la expresión glacial de su rostro, por las líneas ligeras, suaves y curvas de su cuerpo esbelto, del que parecía emanar un flúido misterioso que venía a acariciar todos mis sentidos. Yo comprendía que me encontraba ante una verdadera mujer. Todas mis teorías se desplomaban de sus altos pedestales. Y en cambio, veía crecer las suyas como árboles pequeños y robustos. ¡No! El amor no surgía de improviso de nuestra propia

alma. El amor no estaba, como en un nido, en los corazones. El amor estaba lejos, muy lejos, tal vez en los horizontes azules; y había que llegar a él, cogerle de la mano como a un bebé, conducirlo por los senderos más floridos... ¿Por qué aquella mujer había de aceptar mi apasionamiento?. ¿A ella que le importaba mi apasionamiento?. ¿No tenía ella también derecho a elegir su amor?. Sí, yo estaba seguro de ésto. El amor que lograra iluminarla tenía que ser un amor de siglos, infinito, eterno, de alas poderosas, gigantescas... Un amor que cantara como un enorme pájaro de colores sobre su brillante jardín luminoso. ¿Y yo... yo que le había ofrecido?... Eso es... ¿Y yo qué le había ofrecido?... ¿Es que no tenía yo unas infinitas ansias de amarla, de adorarla?. ¿Es que yo no tenía también ramos sonoros de ruiseñores para iluminarla de canciones?. ¿Es que acaso mis ojos eran lámparas sin llama?.

Me fui animando poco a poco. Sus ideas so-

bre la voluntad se me clavaban profundas. Y de pronto me prometí tener suficiente corazón, suficiente voluntad para ganarme sus sentimientos, para despertar sus miradas más ardientes, para hacerla suspirar por mis besos de fuego... Porque yo estaba enamorado de ella, de su alma y de sus manos, de sus palabras y suspiros, de su boca... Yo no sé que había en su boca... Pero algo me llamaba desde ella, entre sus finos labios; tal vez la blancura de los dientes menudos... Me obsesionaba la transparencia de sus dientes nevados, y el tono encendido de sus labios rojos... Cerraba los ojos y los veía por todas partes. Los sentía ya encerrados dentro de mí, nadando como barcas por mi sangre... Recordé que por un momento su mirada se había encendido. Y me acerqué a ella de nuevo... Me pareció que estaba un poco turbada; pero su voz era segura cuando me dijo:

—Mire usted ese cielo. ¿Qué pensará de

nosotros? ¡Como se ha de reir observando a estos miserables muñecos; llenos de orgullo y de deseos, que al fin son los tristes juguetes de voluntades ajenas y de su propia concepción de la fidelidad, de la constancia, que les hace abrazar con resignación los hierros que serán su horrible tormento. ¡Como se reirá la Luna de nuestra risa estoica, de nuestra fingida felicidad horriblemente falsa! ¡Como temblarán las estrellas por nuestras lágrimas nocturnas, ignoradas por todos, las lágrimas que sólo brillan entre la nieve de las sábanas y las cortinas de la alcoba silenciosa, de la alcoba discreta y amiga!...

Y entonces ocurrió algo inesperado, algo incomprendible... Sus ojos azules se llenaron de lágrimas. Como lagos temblorosos me envolvieron en sus ondas. Y sin que me opusiera la menor resistencia; yo cubrí sus labios con un beso encendido como un rayo de luna. Fué un beso largo y

rumoroso... Sobre nuestros labios unidos caía el tibio rocío de sus lágrimas pequeñas...

Yo me creía en aquel momento el hombre más feliz de la tierra, porque mi corazón estaba sediento de amor, de cariño y ternura; porque me hallaba solo como en un desierto de arenas innumerables, abandonado como un viejo árbol en la montaña, triste como un arpa de cuerdas silenciosas. Y aunque no me lo quería confesar, aunque no quería traicionar mis ideas, mis razones puramente intelectuales, yo sentía unas voces interiores, plenas de razones sentimentales, que reclamaban el amor, que exigían la bendita compañía del amor.

Y de pronto éste parecía abrir sus puertas más grandes para que yo entrara. Sobre el jardín se diría que se había encendido una gran lámpara de plata. Y los ojos lilas de la joven se habían dilatado hasta confundirse con el redondo firmamento.

Pero... ¿Cómo pudo ser la que ocurrió luego?... Todo había sucedido como en un sueño. La joven

se separó de mí con lentitud, suave y triste, como el que renuncia a entrar en la lírica barca que parte hacia islas de ensueño y felicidad. Después fué adquiriendo cierta violencia el tono de su voz. Me decía como hablando con si misma:

—Es necesario, absolutamente necesario, que no nos veamos más... Es preciso que no nos hablemos, que no choquen de nuevo nuestras miradas.... No quiero sentir su aliento cerca de mí... No quiero ver sus rizos negros bailando como demonios en su frente... Es preciso que usted se aleje de mí... Es preciso que me oculte usted sus ojos oscuros... Llévase lo más lejos posible sus manos aterciopeladas y su expresión insinuante. Su mirada triste, su mirada sugestionadora, apártela usted de mí, llévala lejos de mí... ¡Cráeme! Me es usted... Si, me es antipático... No puedo soportarle... Me parece que le odio a usted...

—¿Pero qué está usted diciendo?—le dije es-

tupefacto ante la frialdad que ahora emanaba de todo su cuerpo—No, no. Sus palabras no son sinceras, no pueden serlo... Usted no ha querido decir eso. ¿Verdad que no ha querido decir eso?... Yo la amo a usted... Lo está gritando lo más noble de mí ser, lo está gritando mi corazón... Y usted no podrá ser insensible a este amor. Yo he visto sus lágrimas... He visto sus ojos entornados... Sus labios abiertos en flor... ¡Y dice usted que me odia! ¡No, no! Amarme, tal vez no. ¡Pero odiarme!... Es usted insincera... Tiene miedo de sí misma... Quiere defenderse... Pero no debe usted hacerlo, no debe abandonarme, dejarme solo... ¿Sabe usted lo que significa la soledad para un hombre como yo, inclinado a la melancolía y a los pensamientos pesimistas? ¿Conoce el horror de estar plantado en medio de la vida riente como un pino entre nieves, solitario, triste, sin una mano amiga que

estreche la nuestra, sin una mirada cálida, sin que el amor florezca jamás a nuestro lado?...

—¿Pero a mí que me interesa su soledad ni su melancolía?. Compréndalo usted. Son cosas ajenas a mi vida... Si; realmente no me interesan... ¿Por qué me iban a interesar?... Me he dado cuenta de que es usted un hombre desagradable. Además es usted muy atrevido. ¿Cómo se ha permitido besarme?. Son sus labios horribles, y sus besos amargos... No sabe usted besar... ¡Y además, atreverse a besarme!... ¡Porque no sé si usted se habrá dado cuenta!... ¡No sé si usted sabrá que me ha besado!... Si. Se ha portado de una forma absurda, imperdonable, y no permitiré... que ésto vuelva a ocurrir. Haga lo que le he dicho. No me hable más, no me mire, no piense más en mí. Procure alejarse de mi lado... Llévese sus ojos oscuros y su frente triste...

Yo sentía la angustia del insecto, que sin poder defenderse, es pisoteado. La expresión altanera

y orgullosa de la joven me mordía con la furia de un tigre. Yo me sentía empequeñecido, humillado, ante su desprecio; y dentro de mis venas, por la corriente de mi sangre, comenzó de pronto un fluir extraño, un fluir caliente y encendido de un... ¡Si. No cabía duda!... Lo que yo sentía fluir en mi sangre era el odio cálido y resentido hacia aquella mujer que jugaba con mis sentimientos, que parecía sentir placer en humillarme, en burlarse de mi pasión. Si... Yo empezaba a odiar a aquella mujer que me arrojaba de su lado como a una víbora peligrosa, que me miraba con el desprecio con que se mira a un perro inoportuno que nos persigue por la calle... Pero el amor... La mandolina del amor también daba sus notas en mi sangre... El odio y el amor se abrazaban furiosos dentro de mí, y de este abrazo nacía, pequeño como un bebé, el deseo de domeñar aquel corazón altivo, de triunfar sobre aquel frío corazón...

Pero mi orgullo... Mi orgullo también había sido herido. Y fué el primero en manifestarse.

Con pasos vacilantes me dirigí hacia la puerta de cristales que daba entrada al jardín, sin mirar para ella, sin decirle una palabra más.

De pronto, la voz de la joven, una voz encendida y suplicante, susurró a mi espalda con un poco de timidez y un poco de vehemencia: —No... No es eso... No es eso lo que yo quería decirle. Es decir... Bueno; yo no le decía que se marchara usted ahora mismo, en seguida... Tan sólo le quería indicar que procurase usted... en otra ocasión... no encontrarse conmigo, no hablarme más, no acercarse a mí... ¡Sí. Es eso!... Es eso lo que yo quería decirle... Sin duda, era esto lo que yo quería indicarle...

Yo me había vuelto de nuevo hacia ella, y la contemplaba con extrañeza. ¿Qué pretendía aquella mujer de mí? ¿Qué pensaba y qué se proponía?. Miré a sus ojos, y creí observar en ellos la misma

fría crueldad que ya había notado al verla por vez primera en el salón; una crueldad regocijada con mi sufrimiento, con mi vaivén de pobre muñeco movido por la mano poderosa de su belleza y de sus cambiantes sentimientos. Aquella mujer quería volverme loco... quería regocijarse con mi locura... Y jugaba conmigo divertida. Me arrojaba de su lado, me gritaba que no podía soportar mi presencia... y a continuación me llamaba, me suplicaba que no me fuera. Su expresión tan pronto era ardiente como glacial. Sus frases saltaban rápidas del apasionamiento a la indiferencia y hasta al desprecio. ¿Hasta dónde quería llevar su juego aquella mujer?... Y de nuevo yo sentía aquel fluir finísimo por mis venas, aquel extraño fluir que ya era un incontenible deseo de dominar su corazón.

Yo me había vuelto hacia ella. La joven estaba bellísima junto a la rosaeda. Estaba muy pálida y sus ojeras se habían tornado más hondas y viola-

das. Su expresión era de angustia, de horrible sufrimiento. Esto me desconcertó un tanto; pero me acerqué a ella y le dije con alguna violencia:

—¡No la comprendo a usted!... Dígame, dígame lo que piensa realmente de mí; desnude usted su corazón... ¿Me odia?... ¿O es que quiere darse valor a sí misma, procurando convencerse de que le soy indiferente?... ¿O tal vez..: tal vez quiere usted jugar conmigo como a las muñecas cuando era pequeña?... ¿Es eso lo que usted quiere?... ¿Verme ir de acá para allá, como un loco, según el hilo que usted maneje?...

—No... No es eso... No es eso. Jamás, jamás podría jugar con un hombre... Nunca, nunca... ¡Créame usted! Yo no he conocido la coquetería... Yo no he tenido muñecas... ni he jugado jamás porque tampoco he tenido infancia, como la tienen todas las niñas...

—Entonces, ¿por qué juega conmigo?... ¡Diga-

lo de una vez! Tengo los nervios prontos a saltar...
Hable usted, hable...

—Por favor, no grite usted de esa manera...
Está muy exaltado... Realmente, no sé lo que me
ocurre, se lo aseguro... No tengo el menor dominio
sobre mí misma, y me doy cuenta de que mis pa-
labras y mis ideas no van acordes... Siento algo
raro en mí... Pero no me pregunte nada sobre esto...
Se lo ruego... No me haga ninguna pregunta...

—¿Sabe lo que pienso de usted?. Pues... que
es usted una frígida, una mujer sin sentimientos,
una mujer incapaz de enamorarse... Pasará por la
vida como por un desierto de arenas indiferentes,
cruzaré por ella como una esfinge de piedra, de
ojos inmóviles y crueles... Así pasará usted por la
vida, como el viento sobre la montaña... ¡Hasta las
arenas del desierto hierven cuando el Sol les envía
sus besos volados!... Pero usted no se conmoverá
jamás... Ese será su tormento...



—No... Le digo que no es eso... No hable usted así... No le puedo oír hablar así...

—Y todo, porque tiene un mezquino corazón, porque no es capaz de abrir su alma a la cálida afluencia del cariño, de la cordialidad... Porque es usted cruel... Lo adiviné desde que vi sus ojos.

—¡No!... Le juro a usted que no es eso... ¡Pero es preciso que no me pregunte usted nada!... Del amor no quiero hablar... Si, es preferible callar... No hablaré nada del amor... Pero quiero explicarle, que cuando yo entrego mi corazón, sea de la forma que fuere, jamás traiciono mi promesa... Si; quiero que sepa usted que la fidelidad, la constancia, son sagradas para mí... Es preciso ser constante en la vida, en el amor... Y yo lo soy, lo seré... Por eso amo con pasión los girasoles, el gran tesoro de los jardines. ¿Conoce usted la leyenda del girasol?

—Si. La recuerdo vagamente. Creo que se llamaba Clicie la ninfa que se enamoró de Apolo,

el dios que iluminaba el día con la antorcha de la aurora...

—Eso es... El dios la abandonó; pero ella...

—Ella le fué fiel.

—Si. Ella le amó siempre, ella fué constante, guardó como un tesoro su amor no correspondido, y al fin se dejó morir de hambre. Entonces los dioses la convirtieron en girasol. Y vea la voluntad tremenda que vence a la muerte, vea la constancia gigantesca, el amor sublime; vea como triunfan de la muerte en esos girasoles, en los que aun suspira el espíritu de Clicie; vea como esas flores adquieren una extraña vida y siguen constantemente la marcha del sol.

Contemplé los girasoles, y me estremecí involuntariamente. Adiviné en ellos algo misterioso que no comprendía, algo triste y encantador, que

apenas me dejó oír las veladas palabras de la joven:

—Así soy yo, como un girasol... y seré siempre fiel a mis sentimientos... y fiel a mis... a mis deberes.

Sus ojos se habían humedecido de nuevo. Ya era indudable que ocultaba algún secreto doloroso, y me propuse averiguarlo. Me acerqué a ella, y la cogí del brazo. En aquel momento yo me sentía inundado de suavidad y ternura. Y en aquel momento fué cuando ocurrió lo terrible.

Por detrás de un espeso parterre, surgió de pronto, como los demonios que saltan por los escotillones del teatro, un extraño rostro, lívido, congestionado por la ira.

¿Quién era aquel señor de porte distinguido y bastón con puño de oro?. Sus ojos redondos y agrandados por la rabia, fulguraban. La barbilla es-

apenas me dejó oír las veladas palabras de la joven:

—Así soy yo, como un girasol... y seré siempre fiel a mis sentimientos... y fiel a mis... a mis deberes.

Sus ojos se habían humedecido de nuevo. Ya era indudable que ocultaba algún secreto doloroso, y me propuse averiguarlo. Me acerqué a ella, y la cogí del brazo. En aquel momento yo me sentía inundado de suavidad y ternura. Y en aquel momento fué cuando ocurrió lo terrible.

Por detrás de un espeso parterre, surgió de pronto, como los demonios que saltan por los escotillones del teatro, un extraño rostro, livido, congestionado por la ira.

¿Quién era aquel señor de porte distinguido y bastón con puño de oro?. Sus ojos redondos y agrandados por la rabia, fulguraban. La barbilla es-

taba invadida de rápido temblor. Una furia frenética brincaba horriblemente sobre sus facciones contraídas. Parecía uno de esos rojos demonios que se nos acercan amenazadores en una noche de pesadilla.

Como un sér infernal rodeado de llamas, de un salto se puso junto a nosotros; se abalanzó sobre nosotros con el ímpetu del rayo. Yo retrocedí un paso. La joven perdió el color, hasta parecer tan solo un lívido cadáver en pie. Como fascinada, había clavado la vista en aquel hombre. Le miraba con terror. Por su parte, el señor desconocido se había tornado en cascada tumultuosa de gritos y denuestos. Ya se dirigía a la joven, ya a mí, escuchando sus amenazas y sus gritos.

Primero, me habló a mí con la máxima violencia:

—¿Qué hace usted ahí, caballero?. ¿Qué pala-

bras ha deslizado, como víboras pequeñas, por los oídos de ésta muchacha?. ¿Sabe usted que es mi hija, lo sabe usted?. ¿Y que la he criado, la he guardado avaramente, y no permitiré que venga nadie a destruir mi obra?.

Luego se volvió hacia su hija y le increpó con no menos violencia:

—¿Y tú, cómo te has atrevido a aceptar la compañía de este señor, aquí, solos, en el rincón más abandonado, más silencioso del jardín?. ¿Es que has olvidado ya quién eres?. ¿Has olvidado los deberes que tienes que cumplir?. ¿Has olvidado tus deberes?.

—No; nada he olvidado.—contestó secamente la joven—Este señor se ha mostrado importuno... Ha observado un comportamiento estúpido... Esto es todo... Pero yo nada tengo que ver con él... Nada.

Yo sentía rugir la indignación por mis pómu-

los, allí junto a las ojeras, donde toda mi sangre se agolpaba. La joven me despreciaba de nuevo... Me despreciaba... Y aquel señor frenético, su padre, con el bastón suspendido sobre mi cabeza, gritaba, lanzándome miradas terribles:

—¡Le prohibo a usted que vuelva a mirar siquiera a mi hija!. ¿Me oye usted?. ¡No quiero que la vuelva a ver!. ¿No sabe que está prometida, y que se casará muy pronto?. ¿No lo sabe usted?.

Y cogiendo a su hija del brazo, me volvió la espalda. Luego, precipitadamente, se perdieron ambos entre los árboles.

Cerré los ojos, como mareado. Ante mí cruzaba lento, muy lento, un cielo gris y triste como de ensueño, y unas nubes pálidas avanzaban despacio cabeceando como globos. Veía el rostro terrible de aquel padre furioso, con los ojos desorbitados y el bastón en alto, brillando como un espejo su puño de oro; y detrás de su expresión diabólica se

abría como una rosa, la extraña sonrisa de la joven, iluminada de incomprensibles y vagas promesas. Y mis ojos, cada vez más apagados, aun vieron entre las nubes los girasoles constantes, con su misterioso enigma durmiendo entre sus pétalos amarillos».

* * *

Ernesto interrumpió su narración. Sus labios estaban secos y sus manos temblaban. De su pipa apagada surgía un pálido hilillo de humo. Se sirvió más whisky en el vaso, y llenó nuevamente su pipa de la droga ensoñadora.

Después de beber un sorbo, me dijo más tran-

quilo: ¡Sí, amigo mío!. Jamás he conocido una mujer tan extraña, de máscara tan inexpresiva e insobornable. Sus grandes ojos inmóviles eran como los grandes ojos de este Buda negro, eran exactamente estos ojos.

Y la mirada de mi amigo, que varias veces había volado por aquella escultura, se fijó en ella de nuevo. Una idea insensata rozó mi cerebro. ¿Detrás de aquellos redondos ojos de zafiro no guardaría mi amigo los ojos de su amada?

De pronto me sentí envuelto en sombras. Instintivamente miré a la ventana. El Sol ya se había hundido detrás del biombo lejano de las montañas. La oscuridad se iba alojando por todos los rincones de la sala. Y yo, tal vez debido al whisky, tal vez a la exaltación de mi amigo, me encontraba como si me hubiesen hecho el vacío en el cráneo, oprimido, como flotando entre incienso, bajo el peso suave de una losa fría.

Ernesto encendió una pequeña lámpara. Dió luego una amplia chupada a su pipa, y prosiguió:

«Después de aquella inolvidable escena del jardín, sentí como si mi cerebro se hubiere tornado más ligero.

Me dominaba la obsesión de que aquella mujer se había escapado de entre mis brazos porque yo no había sabido encenderla con mi amor. Por todas partes veía su risa, su burla, su desprecio, sus dientes transparentes y menudos...

Yo buscaba la oportunidad de verla, de hablarle. Comprendía que no me amaba; pero hubiera dado cualquier cosa por vencer su insensibilidad, por dominarla entre mis brazos. Lo demás, ya no me importaba. Más que amor era odio lo que yo sentía por la joven, odio y deseos de aplastar su corazón.

Pero la oportunidad no acudía. Su padre la

vigilaba sin descanso, y no perdía ocasión para expresarme su rencor y su desprecio. Hasta que un día...

Un día, inesperadamente, recibí una carta perfumada. Era de ella. Lo adiviné con rapidez, antes de leerla. Una carta suya. ¿Qué pretendía ahora? ¿Intentaba insultarme de nuevo?... La abrí con mano trémula, y leí, leí con avidez:

«Distinguido señor: No sé como pedirle me perdone la conducta observada en la casa de los señores de Rexols. Aquello fué inconprendible, y bien conozco que estuve mal educada con usted. Pero créame. Tan sólo hablaban mis labios. Mi corazón estaba silencioso. Porque la tristeza lo invadía, la tristeza y la rabia contenida. Porque ¿sabe usted?. Han jugado con mi corazón. Me han hecho aceptar un amor que no siento, que jamás sentiré. ¿Pero qué he de hacer?. Es preciso obedecer a nuestros padres. Y el mío es inexorable.

Inexorable y avaro. Estará mal hablar así de los padres, pero también es horrible jugar con los sentimientos de los hijos. Mi primo Alvaro es riquísimo, millonario según dicen. Y el oro ha deslumbrado a mi padre, para el cual nada significa mi felicidad, mi amor. Sin consultar mis sentimientos ha preparado la boda, y mi primo vendrá pronto de América. Y yo, ¿qué he de hacer?. Es preciso obedecer a nuestros padres, y deshojar nuestro corazón como una pobre margarita. ¿Comprende usted que mi alma herida tenía que manifestarse violentamente?. Porque yo he prometido ser fiel a mi primo Alvaro, y yo soy constante como el girasol. Y en el lecho mismo de la corriente de mi sangre yo sentía por usted una pasión, que aun no me atrevo a confesarme. Es una locura. ¿Sabe usted?. Y quiero que lo olvide en absoluto. Ha de olvidarlo usted.

OFELIA»

Aquella carta fué para mí una revelación. Después de leerla comprendí el íntimo sufrimiento de la joven, la lucha enorme que debió sostener entre sus sentimientos y la fé prometida, sus deberes filiales. Sobre todo, yo veía diáfananamente la gigantesca, la monstruosa máscara de la hipocresía, que la sociedad clava en el rostro de la mujer desde su infancia, aquella fría máscara que tan bien había ocultado sus verdaderos sentimientos, sus impulsos y sus instintos. Comprendí que aquella mujer me pertenecía desde el principio de su vida, que había nacido para mí, que me amaba; y que la avaricia de un padre no era un arma tan poderosa que pudiera arrebatarnos nuestra felicidad.

Decidido a todo, me presenté en la casa donde vivían la joven Ofelia y su padre. No quiero recordar la expresión de furor que se dibujó en el semblante de éste al reconocermé. Pero cuando se puso frenético fué al darle yo a conocer el objeto

de mi visita. Porque yo, con el atrevimiento desesperado del que comprendí que intentan robarle su único tesoro, le dije con la mayor sangre fría que deseaba casarme con su hija. Entonces, el viejo furioso comenzó a gritar, a insultarme... Me amenazó con el bastón, con tirarme por la escalera... Pero lo más terrible fué cuando llamó a su hija, y le preguntó por sus sentimientos respecto a mí. Porque la joven, contra todo lo que yo creía, permaneció inmóvil, sin alterar su rostro, sin que brillara una chispa de luz en sus ojos. Yo la miraba con ansiedad... yo esperaba que dijese alguna palabra a mi favor... Pero ella callaba... Los tres estábamos en silencio, y nos mirábamos a hurtadillas. No pude soportar esta incómoda tensión, y le grité a Ofelia:

¡Por Dios, hable usted!... ¡Arroje su corazón limpio sobre la alfombra!... ¡Diga usted que me ama!...

Y entonces... entonces la joven abrió sus

labios y mostró la blancura inmaculada de sus dientes en una espantosa sonrisa de burla, que me desgarró algo interiormente, que me hizo crujir algo dentro del pecho. Sus burlescos dientes pequeños se me clavaron en las sienes, que me latían rápidas como caballos salvajes en frenética carrera. ¡Y aun tuve que soportar algo más!. Porque, mientras su padre iba en busca del bastón, la joven me dijo con nerviosidad creciente:

—¿Pero está usted loco?. ¿Qué es lo que se ha creído?... Pero, si; habrá sido la carta seguramente, la carta... ¿Ha sido la carta, verdad?... Pues sepa usted que esa carta es estúpida, estúpida en absoluto... Y falso lo que en ella le decía... completamente falso...

En mi cráneo vacío comencé a sentir grandes golpes sordos, como si robustos salvajes redoblaran en un gran tambor. La sangre creo que me corría por todas partes menos por las venas. Me dí cuen-

ta de que mi cerebro se iba a desgarrar, y de pronto me sentí impulsado por una fuerza extraña y poderosa, gigantesca como un huracán, y eché a correr por la escalera, salí a la calle, y seguí corriendo por ella, corriendo como un loco, como un perro atacado por la rabia...»

* * *

Ernesto interrumpió de nuevo su relato. Su frente húmeda de sudor reflejaba como un espejo la luz débil de la pequeña lámpara. La oscuridad ya era completa y la ventana tan sólo servía de marco a un enorme rectángulo negro. Mi nerviosidad aumentaba, pues el tiempo avanzaba palpitando lúgubre, y por otra parte mi amigo estaba tan deprimido, sus ojos brillaban tan fantásticamente, que yo creía le fuera imposible continuar. Mas no

fué así. Ernesto prosiguió, aunque hablando ahora con más lentitud:

«Como podrás comprender, después de esta desagradable escena, una inmensa depresión se apoderó de mí. Mi amor, apenas nacido, ya reposaba en su ataúd. Mis nervios estaban hechos pedazos. La desilusión y el horror a la sociedad me apresaban como un círculo, me oprimían como unas grandes tenazas. El odio, igual que un intenso perfume, me invadía; el odio hacia todo, pero especialmente hacia el hombre avaro que jugaba con los sentimientos ajenos; el odio hacia Ofelia, la mujer que había jugado con mi corazón... Me sentía como aplastado por una gran bola de hierro... Necesitaba estar solo... Que nadie me viese... No ver a nadie... Quería que el Sol se alzara sólo para mí; que la Luna brillara desnuda para mí; embriárgame del resplandor de las estrellas...

Entonces me acordé de Mafar. Compré este

viejo castillo, que restauré lo mejor que pude. Y en él vivía solo, meciendo mi triste amor en las noches lunares por ver si se dormía para siempre, viendo cruzar las nubes viajeras sobre el mar inmóvil, embriagando mi alma de la radiante belleza de las noches claras, cuando una noche... una noche...

¡Pero que cosa tan extraña, tan incomprendible! Todo, todo lo hubiera yo esperado de ella menos aquello, aquello... Y la noche era fría, negra, larga, triste... Una luna tenue flotaba incierta en el firmamento. El mar susurraba sus suaves besos a la playa. Y una humedad escalofriante corría por todas las habitaciones.

Y aquella noche repicó sonoro el oxidado aldabón de la puerta. ¿Quién podía llamar a aquellas horas?. Yo leía en la biblioteca. Bajé la escalera con mi lámpara de mano... Abrí la puerta, y... quedé estupefacto... Un fantasma se alzaba alto, muy alto, frente a mí. Si. Era ella... ella... Ofelia...

Estaba muy pálida, lívida; parecía un sér de ultratumba.

Al verme se arrojó entre mis brazos, y cogiendo mi cabeza entre sus manos me besó... me besó repetidas veces... furiosa... como una loca... me besó en los labios, en los ojos, mientras sollozaba con palabras entrecortadas, rotas: ¡Le amo a usted... le amo!... ¿No lo sabía?... ¿No?... ¡Quiero morir... junto a usted... en sus brazos!...

Con la lámpara en la mano, asombrado, como el que aun no ha despertado de un sueño profundo, yo me abandoné a la desbordada pasión de la joven. De pronto observé que la sangre huía de su rostro, y reaccioné en seguida. Rodeando su cuerpo con mis brazos, la levanté en alto. La delicada Ofe-
lia se había desvanecido.

La conduje a mi habitación. La acosté en mi lecho, y procuré reanimarla. Estaba fría y yerta. Su

pulso apenas era perceptible. A poco abrió los ojos, y los fijó en mí. Sonrió tristemente. Y me dijo:

—Me muero... Ya no me importa nada... lo que puedan decir... Yo le amo a usted... Y no he podido engañar un minuto más a mi corazón... No he podido dominar mis sentimientos... Yo le amaba a usted, y tenía que ser constante, tenía que ser fiel... y le juro que lo seré aun después de la muerte, como... como el girasol... Escúcheme... en el... en el jardín...

De pronto enmudeció. Se tornó rígida... La sangre se detuvo... El color la abandonó... Comprendí en seguida... Sentí que me apretaban el corazón con un gran guante de hierro, y caí de rodillas junto al lecho, sollozando, gritando...

No sé el tiempo que permanecí de ésta forma. Pero cuando empecé a razonar, el alba ya abría sus alas grises sobre Mafar. Entonces com-

prendí realmente que Ofelia había muerto, allí, en mi castillo, en mi lecho, junto a mí. Y al fijarme en su cuerpo inmóvil, un escalofrío recorrió el mío. Porque... porque su cuerpo no era el mismo, su cuerpo se había reducido de proporciones, su rostro se había inmaterializado... ¿Estaba ya el cadáver en descomposición?. Era imposible. Además, no despedía mal olor. Pero era indudable que el cadáver se iba deshaciendo, disolviendo en el espacio...

De pronto acudió a mi cerebro una idea extraña, y creí oír lejanas sus últimas palabras: «allí... en el jardín».

Corrí por la galería, bajé con rapidez las escaleras, y llegué al jardín. ¡No! ¡Mis ojos no me engañaban!. En el centro del jardín había nacido de pronto un pequeño y fragante girasol.

* * *

«Al entierro acudió muy poca gente... tan sólo algunos amigos... Su padre había venido al castillo, y se había abrazado desesperadamente al cuerpo de su hija. No me había preguntado nada, ni siquiera me había dicho palabra alguna; pero estaba muy abatido, y se adivinaba que un peso abrumador gravitaba sobre él, lo aniquilaba.

Encerrada entre las tablas blancas del féretro, Ofelia fué transportada al panteón adquirido por el viejo. Yo vi salir, indiferente, el cortejo fúnebre de mi casa. Y permanecí lánguidamente apoyado en los arcos de la galería. Yo sabía que ella se que-

daba conmigo, en Mafar... Lo que se llevaban en el ataúd apenas era ya una leve envoltura... Y mientras, el girasol del jardín crecía, crecía... al mismo ritmo que el cuerpo de Ofelia se deshacía en finísima niebla...

En medio de mi tristeza, sentí el placer de burlar al hombre que había intentado robarme la dicha... Porque yo le había arrebatado su hija... y él creía llevársela entre tablas lejos, lejos de mí...

A los dos días siguientes, se presentó el viejo en mi casa. Apenas lo reconocí. Envejecido, tembloroso, pálido... ¿Que me decía con voz trémula?... Si; había abierto el ataúd para contemplar una vez más, la última, a su hija, y... y no había encontrado su cuerpo, ni la más leve huella... El viejo temblaba angustiado, y me miraba... me miraba anhelante, interrogador, con sus ojillos grises.

Me sentí cruel, con ansias furiosas de ator-

mentarle, con deseos de venganza, y con una sonrisa le expliqué lo ocurrido... Le grité que Ofelia era ya mía para siempre... y abriendo esta misma ventana le mostré el girasol que brillaba en el centro del jardín. El viejo debió observar algo íntimo y misterioso en la flor, porque cayó de rodillas, llorando, con la mirada extraviada, y hablando con incoherencia. Me rogó le permitiera quedarse en el castillo, junto a su hija... me prometió que sería mi criado, mi esclavo... Se arrastró por la alfombra...

Y con la solemnidad despectiva del que comprende que dispone de la vida de otro hombre, le dije que se quedara... Pero le prohibí que entrara en el jardín... Y él, como un paternal jardinero, comenzó a cultivar girasoles en el patio...»

Ernesto se puso en pie, y se me acercó. Yo escruté, con toda la atención que pude, su sem-

blante sombrío. ¿Se trataba de un loco o de un alcoholizado?. ¿O tal vez uno de esos hombres en los que ha hecho presa el opio terrible?. No acerté a formar un juicio sobre la mentalidad de mi amigo, quizás porque también yo me encontraba aprisionado entre las impalpables redes de un ambiente fantástico, misterioso...

Ernesto se me acercó aún más, y me dijo: Si. Ella duerme en ese girasol. Todas las noches me acerco a él, beso con ardor su rojo círculo, cuyo sabor es de labios femeninos, y... ese girasol, al conjuro mágico del amor, se convierte en ella, en Ofelia, que me sonríe extasiada, que me ofrece la dulzura de sus ojos azules, mientras la Luna nos besa con sus labios de plata... Mas, ya es hora. El firmamento brilla. Bajaré al jardín, pues ya es hora. Acércate a la ventana. Desde aquí podrás contemplar su belleza espléndida...

Y diciendo ésto, Ernesto salió de la sala.

Entonces las pesadas cortinas de terciopelo se agitaron, y de ellas surgió el anciano que me abriera la verja del castillo, el mismo encorvado anciano, con sus pelos revueltos caídos sobre los ojos. El miserable viejo se arrojó al suelo y se abrazó a mis rodillas, mientras lloraba y me decía:

—¡Lo he oído todo, señor!... Pero no crea usted lo que ha dicho de mi corazón... Yo no podía hacer otra cosa... no podía... Yo me había arruinado hacía tiempo; todas mis propiedades, mi casa, mis fincas, todo, todo pasó a pertenecer a mi hermano... Quedé en la miseria... pero mi mujer y yo guardamos el secreto... Nadie se enteró... nadie... Y mi pobre mujer, al morir, me hizo prometerle que casaría a nuestra hija con su primo, el hijo de mi hermano... Así pasarían de nuevo todos nuestros bienes a nuestra pequeña Ofelia... Eso era,

señor, lo que yo quería; ton sólo eso... Lo que mi esposa me recomendó... el bienestar de nuestra hija, su...

El viejo lloraba. Se levantó haciendo un gran esfuerzo, y me cogió del brazo. Su aspecto era trágico. Sollozando, me arrastró hasta la ventana.

—¡Venga usted! --me dijo--Contemplantá a mi pequeña Ofelia bañada por la Luna...

Era ésto lo que me faltaba para que mi cabeza diera vueltas como una rueda. Me acerqué a la ventana, sin tener casi noción de lo que hacía, como un sonámbulo. El jardín resplandecía. En el centro se alzaba inmóvil el girasol. Y Ernesto en aquel momento se acercaba a la hermosa flor, solemne, con los brazos extendidos, buscando con sus labios el rojo círculo rodeado de pétalos amarillos... Un secreto terror se apoderó de mí... ¿Qué iba a ocurrir?... Mi corazón latía rápido, loco... Y en el instante mismo en que Ernesto alargaba sus

labios, yo cerré los ojos fuertemente... No me atreví a contemplar la desnudez de la Luna... Tuve miedo de contemplar la misteriosa fragancia del girasol...

FIN

TALLERES TIPOGRAFICOS
La Provincia
TRIANA, 4